

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 183

25 cts

19 AGOSTO
1928



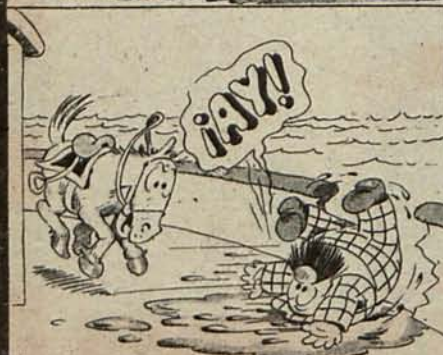
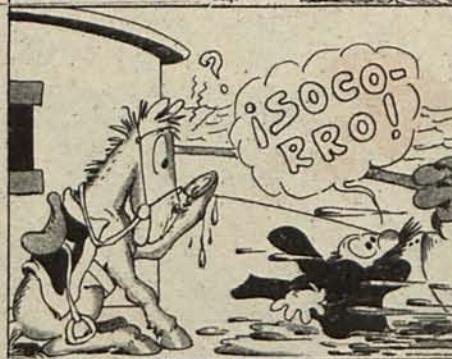
-YO CONOZCO UN PEZ QUE GASTA CORBATA
- ¡HOMBRE! ¿CUAL?
- EL PEZ-CUEZO

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL

AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—¿Y bien?...

—En esta empresa tu apoyo puede serme muy útil. Tu astucia femenina y tu deseo de ayudar al Czar, a la patria, a ti misma, puede reali-

zar prodigios. Desde este momento, sé la sombra invisible de Nadia e infórmame minuciosamente de todos sus pasos. Pero, sobre todo, prudencia. Un suspiro, una mirada, una señal, una palabra, bastan para que se desplome para siempre, antes de haberlo construido, el magnífico edificio que he trazado ante tus ojos.

—Te he comprendido —respondió María resueltamente, fascinada por el acento sugestivo de Godunov—. No tendrás por qué quejarte de mí.

Y los dos cómplices separáronse después de haber cambiado un fuerte apretón de manos.

VIII

La iniciación.

El plan de Vera para introducirse en el templo científico del profesor Guthowsky era sencillísimo: pasar a la carretera, de noche, por delante de la casa de campo y fingir un accidente de viaje. A aquella hora y en aquellas condiciones, a menos que el profesor no fuese una fiera, tenía que ofrecerles asilo y hospitalidad a los infortunados viajeros, que de esta suerte podían introducirse en la casa de campo, y una vez dentro de la plaza fuerte, podían jactarse de haberla tomado. Su destreza haría el resto.

Pero el resultado sobrepujo a las intenciones de Vera; el accidente se había trocado de simulado en verdadero, y revestía, por consiguiente, una gravedad inesperada. ¿Cómo iba Vera a poder ocuparse en el plan que había conducido a la casa de campo? La noche del accidente, Vera no había pensado más que en esto: en el peligroso incidente sobrevenido, en las terribles amenazas de Godunov, que pendían sobre su cabeza y las de sus amigos, y no pudo pegar los ojos.

El profesor y Wassili, al visitarla a la mañana siguiente, la encontraron con una fiebre muy alta.

Shasky no sabía disimular su disgusto por aquel inesperado contratiempo; pero cuando se quedaban solos, Vera consolábale, diciendo:

«No hay mal que por bien no venga; así tendré un motivo para quedarme aquí.»

Shasky no la contestaba, aseteando a preguntas a Wassili para averiguar si Vera se hallaba en peligro. Wassili movía la cabeza, hablaba mucho, pero nada que fuera tranquilizador del todo.

El profesor Guthowsky y su ayudante, durante dos semanas, combatieron noche y día contra la fiebre que abrasaba las venas de Vera, siendo ésta, con su indómita energía la colaboradora más eficaz de los dos sabios. Cierta día, mientras el profesor observaba las pupilas de la joven, la dijo:

—¡Qué fuego tan ardiente e inextinguible tiene en la mirada! Ya hemos vencido la fiebre, y, sin embargo, en los ojos de usted continúa luciendo el mismo indomable fulgor.

Vera sonrióse. Ella sabía que había combatido como una heroína contra la muerte, con la sola fuerza de su voluntad,

y que se había impuesto a sí propia la obligación de no morir antes de haber cumplido su venganza.

Una vez declarada la convalecencia de la enferma, el profesor disminuyó sus visitas, dejando antes sus instrucciones, que Wassili seguía al pie de la letra. Marta asistía a la joven con toda solicitud, y el profesor no volvió a cuidarse más de la presencia de sus huéspedes, como si al desaparecer el peligro que había corrido la vida de Vera lo dispensase de todo motivo para dejarse ver.

El profesor había vuelto a enfrascarse en sus extraños y difíciles estudios sin acordarse más de Vera ni de Shasky; y leíase en su rostro el mayor asombro siempre que Wassili, en las horas de las comidas, le daba cuenta de la salud de Vera.

A la casa de campo había llegado también, con los periódicos suministrados por Shasky, la noticia del hecho inexplicable sucedido en la Corte.

Vera se estremeció de alegría, y el profesor movió la cabeza, diciendo:

—¡Eso es, eso es! ¡Hay quien mata para enseñar a no matar! ¡Oh, lógica humana!

Vera, con su gracia y su amabilidad, más que con su belleza, se había granjeado en la casa de campo la simpatía general. Parecía haber nacido allí, como si toda su vida hubiera sido la dueña gentil de aquella casa. Hasta el adusto profesor, a fuerza de oír hablar de ella con tanto entusiasmo a Wassili, acabó por preguntar todos los días por Vera. Además, las alabanzas de la vieja Marta, gruñona e impenitente, representaba un hecho tan extraordinario, que el profesor Guthowsky quiso —¡lo cual era ya el colmo!— hacerla a Vera una visita todas las mañanas que no pasara de cinco minutos. Pero ya no necesitaba de los cuidados del médico, pues Vera, próxima ya a la curación completa, podía levantarse del lecho y ocuparse en algunos quehaceres y andar por la habitación, aunque con el brazo siempre preso en el inmóvil vendaje de yeso.

Vera no hablaba de irse y nadie pensaba ya en su partida: tan natural parecía en la casa de campo la presencia de la hermosa joven; siempre risueña y solícita, hasta el extremo de ayudar a la vieja Marta, con gran escándalo de la misma, en las delicadas operaciones de la confección de los guisos y manjares.

Y todo esto lo hacía con tal gracia y delicadeza, que en lugar de excitar los celos, suscitaba el agrado de la vieja Marta, la cual se ponía radiante de gozo cuando el profesor Guthowsky, dando al olvido por un momento el protoplasma y los rayos misteriosos que lo tenían ocupado de la mañana a la noche, se dignaba descender hasta la humilde prosa del *rost-beef* y alababa los guisos confeccionados por Vera.

Shasky se ausentaba de cuando en cuando de la casa de campo. Salía a menudo con el pretexto de llevarle noticias al príncipe Marekine, el cual no podía moverse a causa del mal estado de salud; pero que le encargaba a su hijo la manifestación de su gratitud hacia el profesor.

Pero nosotros sabemos que adonde se dirigía Shasky era a las reuniones de los «Hermanos del Silencio», en casa de Pedro Kutorovic, en donde la policía no hubiera pensado nunca sorprenderlos.

La armonía que reinaba en la casa de campo hubiera sido excelente si Vera no se hubiese dado cuenta de una nube que oscurecía la amistad entre Shasky y Wassili. Los dos jóvenes no estaban nunca de acuerdo. Ambos representaban recíprocamente el espíritu de la contradicción, y eran vanos todos los esfuerzos de Vera para suavizar el ardor de sus discusiones, pues ambos acababan siempre por le-

vantar la voz y mirarse de reojo, y era precisa toda la buena educación de ambos para que no se lanzaran graves injurias o vinieran a las manos.

Wassili no se explicaba la escasa simpatía que demostraba el hermano de Vera. A menudo, el joven, mientras el profesor roncaba cerca de él en el cuartito que los dos hombres ocupaban en común, se pasaba insomne las noches, confesándose a sí propio que Vera, la joven llegada a la casa de campo de un modo inopinado y extraño, había despertado en su alma un sentimiento más tierno que el de la admiración. Y esta certeza era, a la vez que su alegría, su tormento. ¿Le correspondería Vera? Y aunque así fuese, por singular fortuna, ¿toleraría la familia principesca un parentesco tan humilde como el de un sabio modesto y obscuro?

Wassili tenía muchos motivos para creer todo lo contrario, y quién sabe si la actitud fría, áspera e hiriente del hermano de Vera hacia él no fuese el primer síntoma de la hostilidad con que él observaba su amor a la joven.

Sin embargo, Wassili no era hombre que sufriese ofensas ni humillaciones injustas. El correspondía con la misma altivez a la actitud desdenosa de Shasky, y no se preocupaba más que de granjearse el cariño de Vera. Por lo que toca a la hostilidad de la familia, ya pensaría en ella después.

El ingenuo y ardiente joven reflexionaba sobre estos propósitos, cuando un día Shasky le dijo a Vera:

—No podemos perder el tiempo, pues Volkoff excita a los hermanos, que están a punto de perder la paciencia. La sentencia debe cumplirse antes del 15 de marzo. Si para entonces no hemos cumplido nuestra promesa, Volkoff ha obtenido el consentimiento para poner en plan su tentativa, que él reputa de un éxito seguro.

Vera, con el propósito de introducirse con más facilidad en el laboratorio del profesor y, sobre todo, en el misterioso gabinete en donde creía que él ocultaba el precioso secreto, había correspondido, dentro de los límites de la más escrupulosa corrección, a la simpatía que le demostraba Wassili.

El excelente joven estaba radiante de júbilo, y le hubiera revelado a Vera, a haberle sido posible, no uno, sino diez secretos.

Todo esto había acrecentado la antipatía de Shasky hacia Wassili, exasperando su mal humor y la animosidad entre ambos jóvenes.

Esto le disgustaba a Vera, que había pensado en afiliar al joven a la sociedad de los «Hermanos del Silencio», a la que podía prestar muy buenos servicios; pero todos sus esfuerzos no pudieron atenuar la disensión entre los dos jóvenes.

Cierta día, Vera, acompañada por Wassili, dió una vuelta por todas las habitaciones de la casa de campo, deteniéndose, impulsada por la curiosidad, ante la famosa puerta con el enigmático rótulo.

El profesor Guthowsky, fascinado también por la gracia encantadora de Vera, había acabado por desarrugar el ceño habitual y contestaba pacientemente a todas las extrañas preguntas que le hacía la joven.

¿No me permitirá usted nunca —le preguntó al sabio con la más dulce de sus sonrisas—, no me permitirá usted nunca que visite también esa habitación?

El profesor arrugó el entrecejo.

—¡Nunca!

—¿No ha entrado aún en ella nadie más que usted?

—¡Nadie!

—¿Y no entrará nadie?

—¡Nadie!

—¿Y cuando usted no exista?

Una sonrisa enigmática contrajo los labios del profesor.

—¿Y quién le dice a usted que llegue el día en que yo no exista?

—Tienen razón al decir que ese hombre está loco —mur-

muró, al oído de Vera, Shasky, que acababa de entrar en aquel momento.

El profesor no oyó la irreverente frase; pero la oyó Wassili, el cual fulminó contra Shasky una mirada terrible.

Shasky vió aquella mirada, y, devolviéndosela a su adversario, salió de la habitación, haciendo un gesto muy significativo.

Wassili lo siguió.

Vera se percató de aquellas miradas provocadoras; pero no pudo retener a los rivales, porque en aquel momento el profesor Guthowsky, renunciando en parte a su mutismo, con el ánimo de complacerla, se dignaba darle una idea de algunas de sus investigaciones menos importantes.

—¿Quiere usted decir —interrogó Vera— que posee el secreto de no morir?

—Joven, se halla usted demasiado lejos de la verdad —repuso el profesor— para poder percibir este rayo de luz. Existen estrellas tan lejanas, que su luz no ha llegado todavía a la tierra. La verdad para usted es una de esas estrellas. Le diré, sin embargo, que la vida que nosotros conocemos, la que juzgamos como tal, es la parte más pobre y mezquina de la vida. Estamos rodeados de fuerzas vivas que no vemos, como del aire, al través del cual pasan nuestras miradas sin verlo... ¡Y por eso puedo decir también que la muerte no existe!

Vera, por muy extrañas que le parecieran las palabras del profesor, no podía juzgarlas como el desahogo de un loco, pues el rostro de aquel hombre singular expresaba la convicción más arraigada y profunda.

Ella hubiese querido aprovecharse de las favorables condiciones del espíritu del profesor, y hacer otras tentativas para vencer su obstinación y lograr la entrada en el recóndito laboratorio; pero desde la estancia contigua llegaban hasta su oído las coléricas palabras de Shasky y de Wassili y temía que los dos hombres pasaran de las palabras a los hechos.

—¿Y de qué le serviría a usted, oh joven ignorante e inexperto, el entrar en mi laboratorio? Está usted en medio de todas las fuerzas vivas del Universo como un ser ciego, sordo e inservible, que cree que la Naturaleza principia o termina en él —dijo el profesor, contemplando a la joven compasivamente—. Uno solo de mis secretos bastaría para hacer omnipotente a un hombre en la Tierra... Pero ¿qué significa la omnipotencia terrena? ¿Qué nos la riqueza, la gloria, la fuerza y los esplendores de un trono? Juguete de niño ante la energía real y verdadera, de la cual el hombre posee huellas imperceptibles cuando se comparan con la inconcebible inmensidad de la causa que las produce. Y entonces, ¡ay del que les revele esta fuerza a los hombres! ¡Sería como ofrecerle a un profano el mando de un buque! Las olas se tragarian al navio y al piloto!

—¡Cuántos maravillosos secretos posee usted y cuántos milagros podía hacer, que no hace!

El profesor miró a Vera con aire compasivo.

—Los prodigios maravillosos que yo podría realizar no son nada comparados con los que realiza el Universo todos los días y a todas horas sin que lo sepamos nosotros. Y no son cosas grandes ni pequeñas, maravillosas o despreciables, sino simplemente lo desconocido. ¡Desconocido para nosotros, como somos desconocidos para nosotros mismos!

Vera tenía los ojos fijos en el rótulo del gabinete.

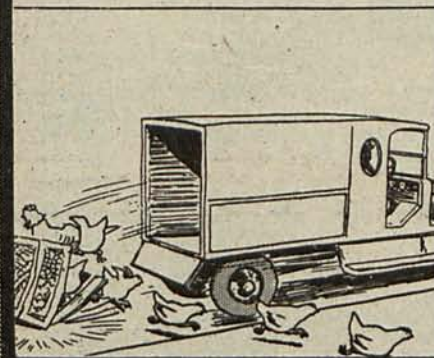
—Joven —exclamó el profesor, con expresión de desaliento—, no quiera usted saber. El día que supiera usted todo lo que yo sé, tendría la convicción de su pequeñez; se consideraría como un infusorio en el océano, le abrumaría la sensación de su nulidad. Continúe usted siendo ignorante, joven, porque así seguirá creyendo que vale algo.

Y mientras pronunciaba estas palabras, el profesor Guthowsky movió lentamente la cabeza y desapareció tras el cortinaje que cubría la entrada de su impenetrable retiro.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN CORAZÓN





LOS CAZADORES DE LOBOS

CUENTO DE E. SALGARÍ

(Continuación.)

lo son en general todos los rusos y los siberianos.

—Me parece bien el pacto—díjome, riendo—. Me ganaré las seis botellas en tres noches.

—Comencemos entonces por los lobos.

Roskoff me ofreció su bolsa llena de excelente tabaco, llenó un vaso de su detestable aguardiente, y me lo ofreció. Luego, tras breves instantes de reflexión, empezó de esta manera su relato:

«—El invierno había sido de perros aquel año. La desembocadura del Obi estaba cubierta de bancos de hielo, y allá, en el mar, veíanse oscilar, mecidas por las olas, verdaderas montañas, *icebergs* (pronúnciese *aisbergs*) como los llamáis vosotros, la gente de mar.

»Multitud de osos blancos, llegados de las regiones polares a los inmensos campos de hielo, amenazaban seriamente la seguridad y la vida de la pobre gente de las aldehuelas situadas cerca de la desembocadura del río.

»De las montañas, por otro lado, los lobos bajaron en inmensas manadas, llevando a todas partes el terror.

»Por las noches, en torno a las cabañas, era un concierto inacabable de aullidos espantosos. Aquellas feroces bestias, que de ordinario no son muy atrevidas cuando son pocas, se habían vuelto tan audaces al verse en gran número, que llegaban hasta el extremo de asediar a los habitantes de las miserables cabañas esparcidas por el bosque.

»En aquella época no tenía yo más que veinte años y ya gozaba fama de ser un cazador de mérito y aun de los más intrépidos. Había hecho mis primeras armas junto a un tirador afamado, y en mi activo contaba por entonces con dos osos blancos, varias focas y por lo menos tres docenas de lobos. Un día, mientras estaba preparando trampas para los zorros blancos, vi llegar a mi cabaña a un viejo ostiaco, a quien conocía mucho.

»—¿Qué se te ofrece, amigo?—le pregunté.

»—¿A ti no te espantan los lobos, verdad?—me interrogó a su vez.

»—Bien lo sabes, Vorzoff —le contesté.

»—Entonces, ¿querrás hacerme un gran favor?

»—Nunca rehusé nada a mis amigos.

»—Te advierto que habrá que jugarse el pellejo.

»—Lo tengo muy duro, aun para los osos. ¿De qué se trata?

»—De acompañarme. Mi hija se está muriendo, y quiere verme antes de expirar.

»Me quedé algo perplejo. La hija de Vorzoff habitaba a quince millas de la desembocadura del Obi, y para llegar hasta ella había que atravesar un extenso bosque de pinos; en el que pululaban los lobos.

»—¡Vamos, decídetel—

me insinuó el viejo, al verme vacilar—. No en balde eres un cazador de lobos, y también yo lo he sido en mi juventud.

»—Comprenderás, amigo, que aun siendo buenos cazadores, el peligro que vamos a desafiar es gravísimo, especialmente de noche.

»—Si me acompañas, te daré cuatro rublos.

»En aquella época era yo muy pobre, y un par de





duros de los vuestros representaba para mí una fortunita.

»—Además, cuenta con dos pieles de zorro blanco —agregó el viejo, para que la tentación fuese mayor.

»—¡Vamos, pues!—acabé por decir resueltamente.

»—Vendré en seguida con mi trineo a recogerte.

»Apenas había terminado mis preparativos de marcha, cuando vi regresar al viejo ostiaco.

»Montaba un cómodo trineo tirado por cuatro robustos renos, espléndidos animales, semejantes a vuestros ciervos de Europa, aunque de mayor tamaño, y que para nosotros valen tanto como vuestras vacas lecheras, pues también sus hembras nos alimentan con la suya.

»Tomé mi fusil, una carabina que había comprado a un comerciante ruso, muchas municiones, un hacha bien afilada y sólida, y salté al trineo.

»A una señal del viejo, los renos partieron al galope, arrastrándonos en una carrera vertiginosa.

»Hacía un frío intensísimo, pero el viento se mantenía en calma; y cuando no sopla viento de las regiones polares se pueden desafiar impunemente las temperaturas más bajas, aun las de cincuenta grados bajo cero.

»Además, íbamos bien abrigados con pieles de oso blanco, y cubrían nuestras cabezas sendos capuchones de piel de foca forrados de piel de lobo.

»El sol, que en nuestras regiones no permanece sobre el horizonte sino pocas horas durante la estación invernal, mientras que en el estío da lugar a que llegue la media noche antes de su ocaso, ya se había escondido; pero como el aire era muy limpio y la llanura

estaba cubierta de una alta capa de nieve helada, se veía muy bien.

»Los renos, excitados continuamente por la nieve y por la larga tralla del viejo, corrían cada vez más. Parecía que las pobres bestias presintieran ya el grave peligro que nos amenazaba.

»Llevábamos una hora de marcha, cuando nuestros ojos percibieron en el horizonte los primeros pinos del vasto bosque que teníamos que atravesar.

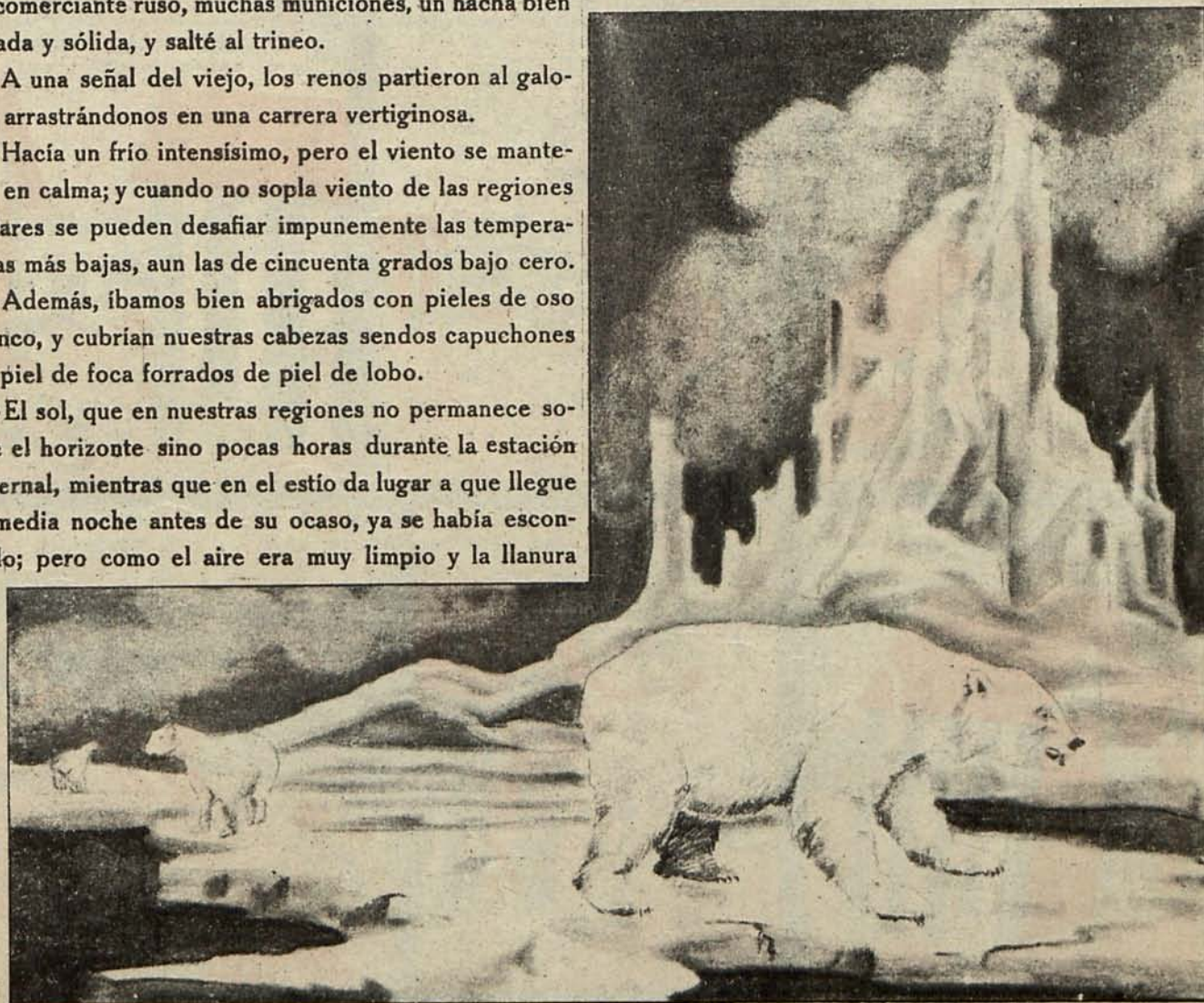
»—Vorzoff—le dije al viejo—, preparemos las armas.

»—¿Has oído ya los aullidos de los lobos?—me preguntó.

»—No; pero estoy seguro de que no tardaremos en tenerlos encima.

»—Mis renos corren como el viento.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



YO ASEGURARÍA QUE EL AÑO PASADO ESTABA EL MAR POR AQUÍ PERO ESTE AÑO NO SE VE POR NINGUNA PARTE

A LO MEJOR ES QUE HEMOS VENIDO DEMASIADO PRONTO Y NO HAY NADA PREPARADO AÚN



DIGA, SEÑOR BAÑISTA ¿HACE EL FAVOR DE DECIRME DÓNDE ESTÁ EL MAR?

PUES AHÍ, DETRÁS DE TODA ESA GENTE



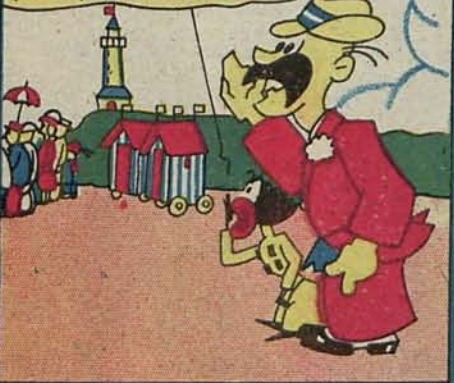
BUENO ¡PUES A VER SI VA A PODER SER QUE SE QUITEN DE DELANTE, PORQUE AQUÍ HEMOS VENIDO A BAÑARNOS Y NECESITAMOS EL MAR ¿SABE USTED?

¡Y A MÍ, QUÉ ME DICES! ¿ESO CUÉNTASELO A UN GUARDIA



¡¡EH!! ¡QUE SE VAYA TODA ESA GENTUZA A OTRA PARTE, QUE NO SE VE NI GOTA!

¡QUE SE VAYAN A SU CASA, QUE AQUÍ ESTORBAN!



NO NOS HACEN CASO, CURRINCHE. ¡PERMITA DIOS QUE SALGA UN CERDO MARINO Y SE LOS COMA A TODOS!

DÉJESE DE POESIAS Y SIGAME, QUE TENGO UN PLAN BOMBA



¿TE FALTA MUCHO, CURRINCHE?

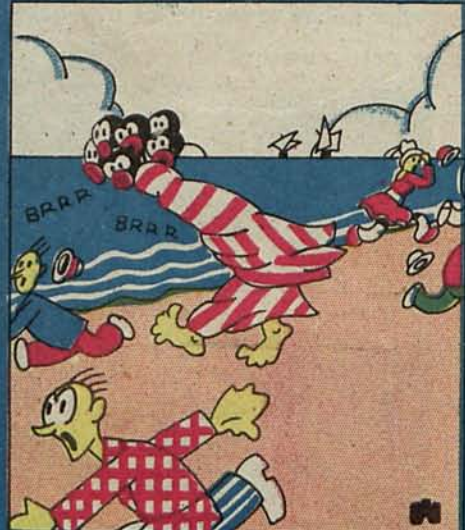
NO; EN CUANTO PINTE ESTAS CALABAZAS, YA ESTÁ LISTO



AHORA CUANDO SALGAMOS, VAIS A VER USTEDES COMO NO QUEDA EN LA PLAYA NI UNA RATA



¡¡EH!! ¡AHÍ VA LA FIERA CORRUPA DE SIETE CABEZAS QUE ACABA DE ESCAPARSE DE LA SELVA!





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL SARGENTO Y EL DIABLEJO



UES, señor, había un labrador muy rico, pero poco caritativo, a quien se le presentó una vez un vecino pobre y le dijo así:

—Señor, perdonadme si os molesto, pero estoy afligidísimo; mis hijos se están muriendo de hambre. Si me prestaseis cuatro fanegas de trigo, trabajaría día y noche para devolvéros las con creces.

El ricachón quedó en silencio. Dudaba; pero, al fin, se abrió paso a través de su egoísmo la misericordia, y le contestó:

—No voy a prestarte, sino a regalarte, ocho fanegas de trigo, y además dos panes blancos, que repartirás entre tus hijos en nombre mío; pero, en cambio, has de prometerme pasar sobre mi sepultura las tres noches siguientes a mi entierro.

—Lo prometo —dijo el pobre.

En seguida se despidió, agradecido, de su bienhechor y corrió a llevar a su casa el trigo y a repartir entre sus pequeños el pan blanco, que devoraron con delicia.

El rico falleció, a causa de una pulmonía, a los pocos días de la escena referida.

La noticia corrió en seguida por el lugar, y ninguno sintió aquella desgracia, pues nadie tenía motivos para quererle. Unicamente el pobre a quien había socorrido se dolió de su muerte y rogó a Dios por su alma, pues, al fin, le debía un beneficio que no podía olvidar.

Asistió a su entierro, y cuando llegó la noche, no dejó de ir al cementerio y de colocarse sobre la tumba del rico propietario. El pobre, que permanecía temblando de miedo y de frío sobre la lápida mortuoria, nada observó, y ya entrado el alba, regresó a su casita, satisfecho de haber cumplido su promesa.

Exactamente lo mismo ocurrió la noche siguiente.

Mas la tercera noche fué oscura y triste. Contemplaba el pobre labrador aquella lúgubre soledad, cuando de pronto creyó oír ruido de pasos y divisó una sombra que se aproximaba a él.

El exceso de terror ahogó la voz en su garganta; pero se tranquilizó algo al ver que quien se acercaba era un hombre vestido con traje militar y que ceñía

espada en el costado izquierdo. El recién llegado le dió con facilidad las buenas noches.

—¿Qué busca usted aquí a estas horas? —le preguntó el pobre—. ¿No tiene miedo a los muertos?

—Yo no tengo miedo a nada —contestó el otro—; soy un sargento de caballería, he ganado mis galones a fuerza de cuchilladas y voy a mi pueblo con licencia por el gusto de abrazar a mis padres; pero en seguida volveré al servicio, porque la guerra es mi elemento. Quise adelantár camino metiéndome por un atajo, me he perdido y he entrado en este cementerio para descansar un rato. ¿Será usted, por ventura, el sepulturero?

—No —dijo el pobre—; pero he prometido velar tres noches sobre esta tumba.

Y le contó la promesa que había hecho.

—Me parece muy bien —dijo el militar—; yo he cumplido siempre mis palabras y me gusta que los demás hagan lo mismo. Pasaremos la noche hablando, y si algo sucede, lo compartiremos.

Un reloj lejano dió las doce de la noche, y de pronto resonó en los aires un agudo grito, que terminó en una extraña carcajada. Volvieron la vista y vieron ante ellos un hombre vestido de rojo de pies a cabeza. Rojas eran asimismo las plumas de su sombrero, sus botas y una larga y retorcida cola que

salía por debajo de su capa.

Tenía los ojos saltones; los movía con rapidez, y cuando los fijaba en los dos compañeros, que le contemplaban admirados, parecía arrojar por ellos chispas.

—¡Retiraos, insensatos! —dijo con voz cavernosa—. Soy el diablo rojo, que he de llevar al infierno el alma de ese cuerpo, ya cadáver, que estáis velando. Idos, si si no queréis que yo os arroje de peor modo.

—¡Alto ahí, caballerito! —replicó el sargento—. Las fanfarronerías no me asustan, y los valientes de pega me hacen reír mucho. Ya veo, por el rabo, que quieres pasar por demonio; pero nada tememos, porque tenemos muy buenos puños.

—Es verdad —añadió el pobre, que al lado de aquel compañero tan valiente se sentía capaz de todo.

Entonces el embozado cambió de tono y dijo con voz amable:





—¡Vaya, no hay que enfadarse por tan poca cosa! A mí me mandan para que me lleve el alma de ese cadáver.

Si os marcháis, os daré una bolsa llena de oro.

—Eso se llama ponerse en razón —dijo el sargento—; pero eso es poco. Nos iremos si nos traes oro bastante para llenar una de mis botas de montar.

—No llevo tanto dinero encima —respondió el diablo—; pero iré a buscarlo.

Y desapareció por los aires.

—La aventura no deja de tener gracia —dijo entonces el soldado a su compañero—; y lo mejor del caso es que este diablo es tonto de capirote. Ahora verás la jugarreta que vamos a hacerle.

Diciendo esto, se quitó una de las botas de montar, desprendió la suela con su sable y colgó la bota de la rama de un ciprés que caía sobre una profunda fosa.

Serían las dos de la mañana cuando apareció el demonio muy sofocado, llevando un gran saco de monedas de oro debajo de cada brazo.

—¿No traes más que eso? —preguntó el militar.

—¿Os parece poco todavía?

—Ahora veremos; pero creo no será bastante para llenar la bota.

—Sobrará mucho —dijo el diablo rojo.

Y fué vaciando, uno tras otro, los dos grandes sacos; pero como el oro iba cayendo en la fosa, la bota no se llenó.

—Eso no es tener formalidad —dijo el sargento, fingiéndose muy indignado—. Cuando se promete una cosa, debe cumplirse.

—No os enfadéis —dijo el demonio—; se conoce que he calculado mal. Voy por más dinero.

Y volvió al cabo de una hora con un talego enorme, que valía por cuatro de los de antes; pero aunque lo vertió en la bota, ésta siguió vacía.

—Me parece que te estás burlando de nosotros —dijo entonces el militar, atusándose el bigote y echando mano al puño de su espada.

—No comprendo lo que pasa —contestó el demonio estupefacto—. He traído oro de sobra para llenar esa bota veinte veces, y ya comprenderéis que no estoy para perder el tiempo en viajes. En fin, esperadme un poco todavía, y os prometo que esta vez quedaréis satisfechos.

Y se alejó malhumorado y confuso.

Ya empezaba a teñirse de púrpura el horizonte, cuando volvió el diablo rojo sudando como un desesperado y llevando a cuestas una carga de oro tan enorme, que se hubieran necesitado cuatro carros para conducirla. Empezó a vaciar las monedas en la bota, y esta vez se llenó la sepultura y empezó a subir el oro por el interior de la bota.

Ya faltaban sólo dos dedos para llenarla, y quedaba mucho oro por verter, cuando apareció el primer rayo de sol.

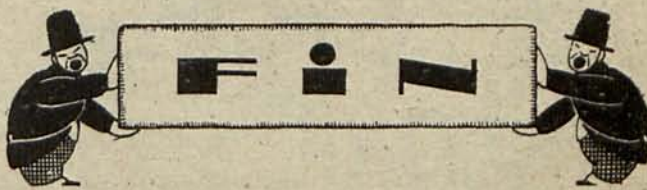
Entonces se presentó un ángel hermosísimo y se llevó el alma del rico propietario, salvado por un acto de caridad y por su verdadero arrepentimiento, mientras el demonio huyó dando espantosos rugidos, desesperado al comprender la burla que le habían hecho.

—Ahora repartiremos ese dinero —dijo el pobre, que no cabía en sí de júbilo—. De esta forma los dos seremos ricos y viviremos el resto de nuestros días en la más completa felicidad.

—No —dijo el soldado—; la riqueza no me seduce, porque quizá con ella me haría holgazán y vicioso y dejaría la carrera de las armas, que me gusta mucho. Además, he de advertirle que la felicidad no estriba precisamente en el dinero. Me contentaré con llenarme de oro los bolsillos para comprar a mis padres una casita y una huerta en que pasen sus últimos días. Te cedo el resto de mi parte, a condición de que la distribuyas entre los pobres.

Y se alejó feliz y satisfecho.

El paisano se quedó con la enorme cantidad de oro, con que aseguró su porvenir y el de sus hijos; empleó gran parte de su capital en beneficio de sus semejantes; socorrió con largueza a los desgraciados, sin esperar que implorasen su auxilio, y se hizo querer y bendecir por todo el mundo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Vamos a hablar de la memoria. Quiero que me digas por qué recordamos las cosas. En qué consiste esa prodigiosa facultad que nos hace conservar el recuerdo de lo pasado.

—La memoria, querido Chonón, existe en todos los seres, aun en los de organización más rudimentaria. Dondequiera existe una materia viva, hay unas células llamadas protoplasmas, y es un hecho probado que en todo protoplasma existe la facultad de la memoria.

—Me gustaría saber cómo ha podido comprobarse esto, amigo buho.

—Por el procedimiento de observación. Si vigilamos un día y otro la vida, los movimientos, la manera de portarse ciertos animalitos rudimentarios, acabaremos por descubrir en ellos instintos que están en completa consonancia con el ambiente que les rodea.

—No te comprendo. Quisiera que me lo explicases de modo más claro para mí. Me estás hablando demasiado en serio y me estás dejando demasiado en ayunas. No te enfades si te digo esto, pero es que...

—No tengo por qué enfadarme, ni mucho menos. Al contrario, querido Chononcito. Me gusta que preguntes, que inquieras, que insistas, que pidas claridad a mis charlas para que no te quedes con ninguna duda. Has hecho muy bien en hablarme así. Con esta confianza correspondes del mejor modo a mi deseo de que aprendas mucho.

—Gracias, amable buho.

—He querido decirte antes que si por ejemplo observamos a un mosquito (y te cito este antipático animalito como prototipo de un cerebro insignificantisimo).

—Ya lo dice el refrán: «tienes menos sesos que un mosquito».

—Exacto. Pues si observamos a un mosquito veremos que al acercarle la claridad de una bujía encendida huye antes de que la llama se le aproxime mucho. Este hecho es sin duda una manifestación de que el mosquito recuerda. La primera vez que el mosquito sintió cerca de sí el calor de la llama de la bujía hizo este calor una especie de marca o señal, digámoslo así, en las células vivas, y al acercársele la llama por segunda o tercera vez, recibieron las células el mismo aviso que la primera, y el recuerdo de la desagradable impresión que produce el exceso de calor le hace huir. Esto es una demostración de que gracias a su memoria no olvida las cosas.

—¿Es lo mismo olvidar que no recordar?

—En realidad cuando decimos que hemos olvidado una cosa queremos decir que no la recordamos; pero no puede por esto afirmarse que la hayamos olvidado realmente. Un esfuerzo de imaginación o una ayuda ajena puede volver a nuestra memoria la idea olvidada.

—Según te explicas, no es lo mismo olvidar que no recordar.

—Olvidar es perder la memoria de una cosa, pero de un modo más definitivo que cuando se dice que no la recordamos.

—Tú tienes una memoria privilegiada, querido buho. Todo lo recuerdas en el acto y esto no nos ocurre a los demás. Yo noto que las cosas remotas se me olvidan con facilidad; es decir, no las recuerdo con la misma claridad que las cosas recientes.

—Esto te ocurre a ti porque eres joven; pero en cambio se observa en los ancianos un fenómeno completamente distinto. En lugar de recordar mejor las impresiones más recientes, se acuerdan con

más facilidad de los hechos antiguos. Esto se explica porque las impresiones recientes no pueden ya quedar grabadas en un cerebro que ha perdido su facultad de ser impresionado.

—Pero entonces también han debido olvidar las cosas antiguas.

—No ocurre esto porque la impresión de las cosas remotas se hizo en una mente joven, llena de vigor, y las ideas se arraigaron tan profundamente que ni el tiempo ha podido borrarlas.

—¿Y hay algún procedimiento para que la memoria responda siempre a nuestro deseo? Si lo hay, dimelo, porque una de las cosas que yo quiero mantener mejor es la memoria. No quisiera perder el recuerdo de una sola de nuestras charlas.

—Desde luego es muy conveniente hacer lo que se llama «ejercicios de memoria», que consisten en leer y repetir cosas pasadas; pero si he de decirte verdad, yo creo que la memoria es un don natural y cada cual tiene la que por su naturaleza, por su modo de estar constituido, le corresponde tener. No creas, querido Chonón, que la memoria o la falta de ella dice nada ni en pro ni en contra del cerebro. Un hombre puede ser un gran pensador, un verdadero talento, y en cambio disponer de una mediana memoria. Para ser sabio hace falta tener el cerebro bien dispuesto para pensar y crear ideas; pero no es preciso que la capacidad de su memoria esté tan desarrollada como aquellas otras facultades. Esto no quiere decir que la memoria sea una cosa inútil. Es más, el que dispone de una buena memoria debe aprovecharla para grabar en ella aquellas cosas que han de serle más útiles y provechosas en la vida. Lo ideal sería poder retener todo cuanto va desfilando por nuestro cerebro a través de nuestros sentidos; pero esto es imposible, absolutamente imposible, y por eso deben seleccionarse aquellas cosas cuyo recuerdo convenga retenerlo para hacer uso de él cuando sea oportuno.

—Yo, amigo buho, tengo un procedimiento para recordar las cosas de interés para mí, que no falla nunca. Llevo en el bolsillo un cuaderno de notas, y allí escribo todo aquello que necesito recordar. ¿Qué te parece?

—Magnífico. Y si en el mismo momento de hacer la anotación tienes el cuidado de leer lo que has escrito, aún se te conservará mejor en la memoria. Yo practico también ese sistema y me va admirablemente. Ahora bien, he de advertirte que no consiste solamente en el hecho de repetir lo que se ha escrito, sino que es preciso poner toda nuestra atención en lo que leemos, porque si leemos «sin darnos cuenta» es lo mismo que si no hiciésemos nada. La repetición sin la atención es perfectamente inútil.

—Es decir, que el secreto de la memoria está en la atención.

—Tú lo has dicho, ¿y sabes el secreto de la atención dónde está?

—Ya no alcanza mi imaginación a tanto. No sé, no sé, Es algo complicada la pregunta.

—Lo complicado es la contestación, ¿no te parece? A ver si pensando un poco aciertas con el secreto. Fíjate bien a ver si sabes decirme en qué cosas pones tú más atención.

—Yo creo que en aquellas que tengo más interés, ¿he acertado?

—Muy requetebién, Chonón. El secreto de la atención es el interés. Teniendo interés se presta atención, y prestando atención se conserva la memoria.

—Pues yo te prometo que en todas las cosas de que tú me hables he de poner un interés muy grande, muy grande.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Meana, por
ANTONIO ESQUIVIAS.



El gato travieso.
FRANCISCO G.



El buho.
PILI ZAPATA.



La bruja.

Erase que eran dos hermanos y una hermana, y los dos tuvieron que marcharse por el mundo, y dejaron a la hermana sola, llorosa, como una Magdalena. Sus hermanos la dejaron un collar.

Pasó el tiempo, y la niña se cansó de esperar. Al fin, se determinó a marchar en su busca. Nadie pudo decirle dónde estaban; y fatigada, se sentó junto a un árbol y se puso a llorar con desconsuelo. Una urraca le vió el collar, y en un descuido se lo cogió, y con él en el pico se fué a un álamo. Con muchísima congoja la niña se lo pidió:

—Pega-Pegarrata,
dame el mio collarin de plata.

La Pega le contestó:

—Andarás, andarás, y a la puerta de tus hermanos lo encontrarás. Y sucedió de este modo, porque a las varias horas de camino encontró una casita en un campo y su collar encima de la puerta. Entró silenciosamente en el vestibulo; pero la puerta no cedió y la niña se escondió en un argomal, en espera de que llegasen sus hermanos. Llegaron, y la niña los vió guardar la llave en una columna. La niña la cogió y abrió la puerta: todas las habitaciones eran claras como el sol. La niña hizo las camas. En seguida llegaron los hermanos, y al ver a la niña la abrazaron con efusión y le dijeron:

—Vivirás en adelante con nosotros, y jamás nos separaremos de ti.

...

La niña era feliz en la casita al lado de sus hermanos, junto al bosque. La única que la odiaba era una vieja muy fea y bruja. En la choza la acompañaba su hija, jorobada y negra como la pez:

—¿Por qué no vas un día a mi casa? —le decía la bruja.

Pero la niña nunca iba. Hasta que una tarde se descuidó en conservar la lumbre y fué a la choza a suplicarle que se la diera. Cuando quiso volver a casa ya el cielo se oscurecía.

—¡Ay, no —le pidió la bruja—, no te vayas! Mira que la noche te sorprenderá y puedes perderte...

—¡Pero mis hermanos temerán que me suceda una desgracia!...

—Mayor será su tristeza si te comen los lobos!...

Y la niña se quedó. Cuando llegó el momento de acostarse, la bruja la metió en la cama con su hija, a la cual recomendó que se acostase para la pared. Pero se figuró la hija que se lo mandaba para ocupar el lugar de preferencia, y no le hizo caso, y cuando la niña dormía, le quitó el collar.

La bruja se había quedado al acecho; y en cuanto conoció que la niña dormía, palpó en la cama y le hundió el cuchillo a su hija.

A la mañana siguiente vió su error; pero disimuló su rabia y le dió la lumbre. Le aguardaban sus hermanos con inquietud. Ella les refirió el suceso, y ellos le aconsejaron que no saliera más. Les prometió obedecerlos, y fué inútil que la bruja le dijera que fuese a su casa.

Pero la niña se peinaba en el vestibulo. Y una vez pasó la bruja. Luego se le acercó y le dijo:

—Si me dejas peinar, con la maña que yo sé...

La niña dudó un instante; pero insistió la bruja y le dió el peine. La bruja lo metió con suavidad, y, de repente, hundió un largo alfiler en la cabeza de la niña y la convirtió en una paloma. Cuando volvieron los hermanos llamaron inútilmente a la joven; pero vieron la paloma y la cogieron, y viendo el alfiler, dijo uno:

—¡Qué cosa más extraña!...

—Déjame que la quite el alfiler —dijo el otro.

Se lo quitó con cuidado; y la paloma desapareció, convirtiéndose en la niña. Fueron a la choza y mataron a la bruja.

ANGEL G. FERNÁNDEZ.



Encuentro de Paulino y Godfrey.
AUGUSTO GUDIÑO.



Panfrito.
JOSÉ M. MORIYÓN.



Mi gallina.
BALBINA FERNÁNDEZ.



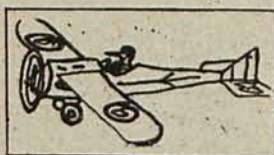
Lindbergh en Méjico.
MANOLITO DE LA VEGA.



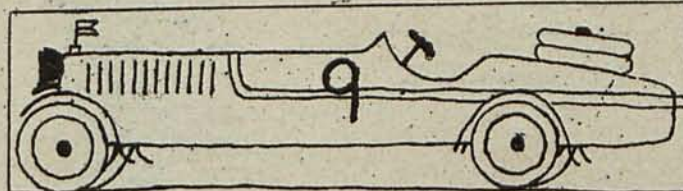
Un mandarín.
N. N.



El teatro de Pinocho.
ELENA SIMARRO.



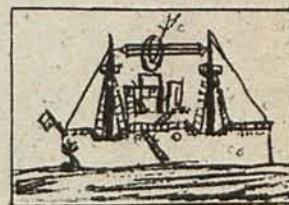
Pinocho, aviador.
RAMÓN JARAQUEMADA.



Preparado para las XII horas, por JESÚS GARCÍA



Un muñeco del Guignol,
bailando el charleston.
E. MATA.



El trasatlántico de Pinocho.
A. CRUARES.



Una rosa.
MARÍA VICTORIA GARCÍA.



Pinocho y los tres pelos
del mago Filomén.
MERCEDITAS SANTIAGO.



Un florero.
A. M.



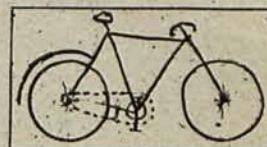
El acorazado «Alfonso XIII».
J. ANTONIO URGOLITA.



En las sombras de la
noche.
FERNANDO M. A. ES-
QUIROZ.



Lucio, el in-
feliz.
A. SÁNCHEZ.

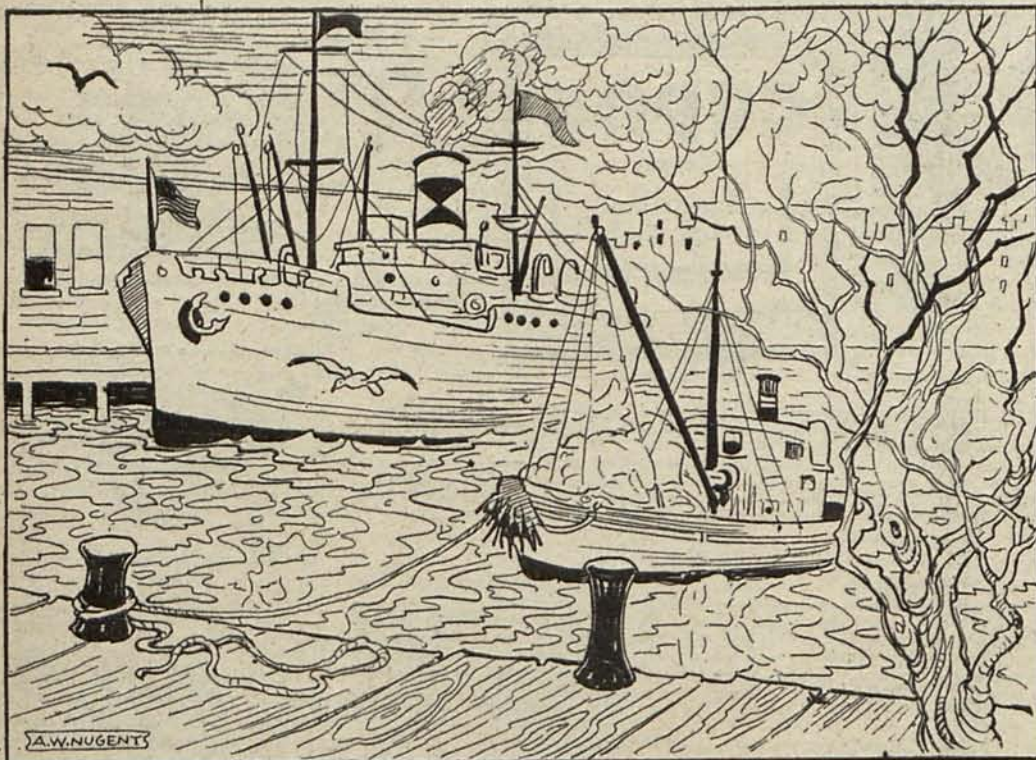


Mi bicicleta.
A. MONDÉJAR.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS EMIGRANTES

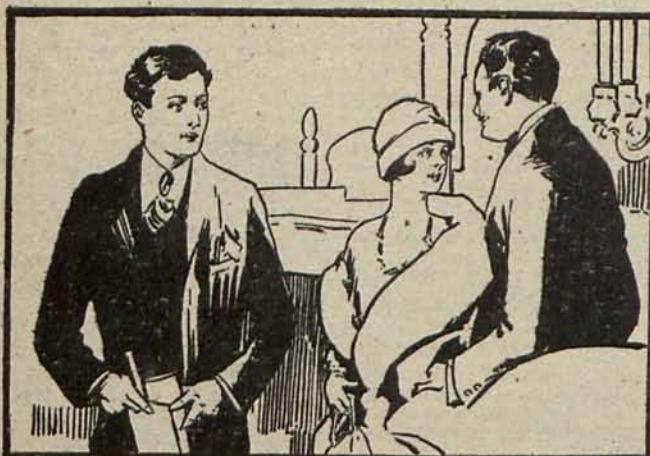


Todos sabéis lo que son los emigrantes. En este dibujo tenemos seis desgraciados de éstos: tres chinos y tres rusos. Bueno, esto de que sean rusos me lo ha dicho Chapete, porque para Chapete todo el que tiene barba es ruso.

Estos seis emigrantes están escondidos para, en un descuido, colarse en ese vapor grande que va a zarpar y no pagar pasaje.

¿Dónde están los seis emigrantes?

PROBLEMA



Este matrimonio que veis aquí quiere comprar unos muebles, y el comerciante les dice:

—Han de pagar ustedes 25 pesetas en el acto y 25 pesetas mensuales hasta el pago total. Si quieren ustedes pagar al contado les rebajaré 50 pesetas, siendo en este caso 325 pesetas el precio total.

El matrimonio acepta el pago a plazos, pagando 25 pesetas en el acto y catorce plazos a 25 pesetas.

¿Cuánto les costó los muebles y qué intereses pagaron?

DIBUJO CON ERRORES



Seis son los errores que hay en este dibujo. Son tan poquitos, que me abstengo de daros uno como ejemplo. Además estoy seguro de que vosotros, chicos listos, los hallaréis en seguida.

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MARZO

NÚMEROS 159, 160, 161, 162 Y 163

DON RINOCERONTE PERDIÓ LA CABEZA



DE VACACIONES



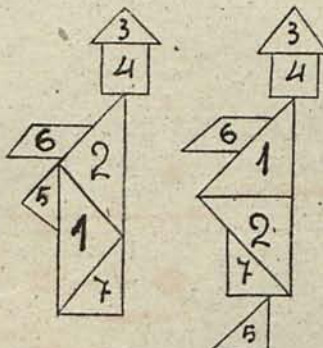
LA PERRERA



EL ZORRO, LA VACA, ETC., ETC.



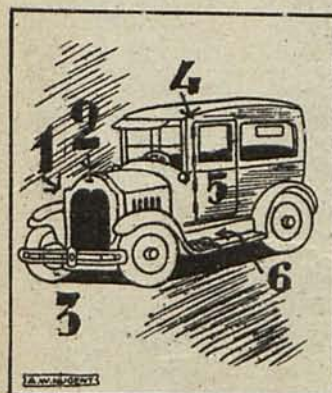
ROMPECABEZAS



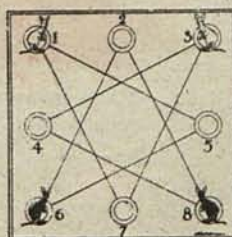
EL ELEFANTE DESCABEZADO



DIBUJO CON ERRORES



EL SALTO DEL CANGURO

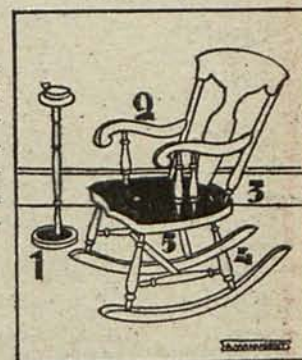


1. Faltan los faros.—2. Falta el tapón del radiador.—3. Falta matrícula.—4. Bisagras al revés.—5. Falta manillón a la portezuela.—6. Limpiaparabrisas fuera de su sitio.

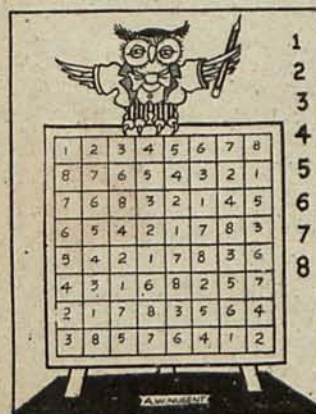
1. El palo del cenicero descentrado.—2. Falta un palo al brazo.—3. Los palos del respaldo diferentes.—4. Mal dibujado, pues monta el pie de la mecedora sobre un soporte de la parte de acá.—5. Soportes traseros diferentes.

1.º, 1 al 5.—2.º, 3 al 7.—3.º, 7 al 1.—4.º, 8 al 4.—5.º, 4 al 3.—6.º, 3 al 7.—7.º, 6 al 2.—8.º, 2 al 8.—9.º, 8 al 4.—10.º, 4 al 3.—11.º, 5 al 6.—12.º, 6 al 2.—13.º, 2 al 8.—14.º, 1 al 5.—15.º, 5 al 6.—16.º, 7 al 1.

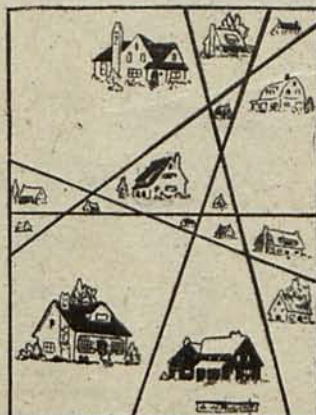
DIBUJO CON ERRORES



EL BUHO MATEMÁTICO



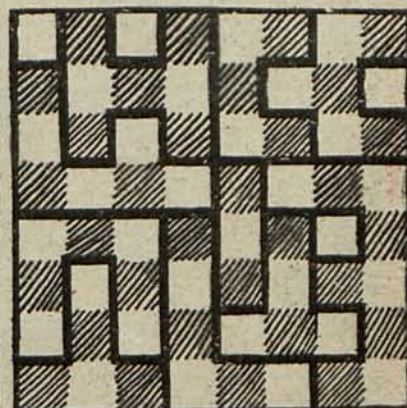
ROMPECABEZAS



ROMPECABEZAS



TABLERO DE AJEDREZ



SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS
DE PIRULA...
BORDADORA**

Victorilla y la edad de los animales.

—¡Ay! mamá —le dijo hace pocos días Victorilla a su madre, al despertarse—. ¡Qué sueño he tenido más bonito!

—Y ¿qué has soñado? —preguntó su mamá.

—Adivina, adivinanza —dice Victorilla, maliciosa.

—A ver, a ver. Sin duda habrás soñado que ibas al cine, o que te comías una enorme tarta de chocolate, o que te regalábamos una casa de muñecas, con ascensor y radio, o que las vacaciones de verano duraban once meses y veintinueve días, o...

—Nada, nada de eso, mamita. He soñado que venía una hada muy bella y que me convertía en... ¿en qué dirás tú?

—Vaya, ya está el día de acertijos; pues ¡qué sé yo! Que te convertía en flor, o en paloma, o en princesa...

—No; en... ¡en ballena!

—¡Jesús! ¿Y ese es el sueño que tanto te ha gustado?

—¡Claro, mamá! ¿No ves que nos dijo ayer la profesora que la ballena es el animal que más tiempo vive, de todos? ¡Tú figúrate qué gusto poder llegar a muchos cientos de años!

Mamá se ha reído mucho con la ocurrencia; luego se ha puesto un poco seria para explicarle a Victorilla que no sería muy divertido ser ballena, si sus papás, sus hermanos y sus amiguitas seguían siendo personas; y que sería horriblemente triste vivir muchos cientos de años, cuando todos los seres a quienes se quiere desaparecen antes.

Victorilla se ha hecho cargo de estas cosas tan graves; ha acabado por confesar que su hermoso sueño no pasaba de ser, en realidad, más que una pesadilla. Y al ver, momentos después, aparecer su tazón de café con leche, con pan y manteca, se ha declarado satisfechísima de ser niña y no ballena.

Y es verdad que la ballenas viven viejitas; pero, ¿a que no sabéis —yo también, como Victorilla, soy amiga de adivanzas— cuál es el animal que sigue, en longevidad, a la ballena?

No, ¿verdad? Pues es... el cisne, que, según dicen, pasa a veces de los trescientos años.

El elefante —que tiene fama de ser el más longevo de los animales— viene en tercer lugar; *solamente* puede alcanzar los doscientos años; detrás de él, está el loro, que pasa fácilmente de los ciento cincuenta.

El buitre, el águila, el halcón, el pato silvestre y el tuervo, mueren, más o menos, a los cien años.

El oso no suele pasar de los cincuenta; el caballo, de los cuarenta; el león, de los treinta y cinco, y el buey, de los treinta; y con el león hacen pareja —en esto de la edad, nada más; en el aspecto físico, las parejas serían bastante desproporcionadas— el cuco y la urraca.

Los que viven muy poquito son los insectos; la mariposa, por ejemplo, no disfruta de la vida arriba de unos meses, a lo sumo un año, y algunas especies de grillos y de saltamontes mueren fatalmente a las doce horas de haber nacido. En cambio, la reina hormiga puede muy bien llegar a ser toda una anciana de quince años.

Bueno; pero lo que por hoy nos interesa es la edad de los peces. ¡Eso sí que llegan a viejos! (Menos los que son pescados, se entiende.)

Hay quien asegura que unas carpas que existen en el estanque de Fontainebleau (Francia) datan del siglo XVI. Es decir, que rondan los cuatrocientos años.

Pero yo no estoy muy segura de que esto sea verdad, porque resulta que los que lo afirman no son los mismos que vieron las tales carpas cuando nacieron. Entonces, ¡cualquiera se fía!

Lo que sí es indudable es que muchos peces pueden vivir bastante más de cien años, porque no cambian con el tiempo ni crecen con la edad. Esto último debe de ser sumamente desagradable; apuesto que a ninguna Pirulinda le haría gracia la perspectiva de tener la misma estatura que ahora dentro de diez años.

A todo esto, os he dicho que hoy lo que más nos interesa son los peces; pero no os he dicho por qué.

Pues por dos motivos: el primero es que los papás de Victorilla —la misma que se volvió ballena... en sueños— le han regalado una pecera con varios pececillos colorados, cuyas idas y venidas ella no se cansa de contemplar sin reírse; porque habéis de saber que Victorilla, que es una de las más adorables entre todas las Pirulindas, es una niña muy formalita, que no se ríe de los peces de colores; el segundo motivo es... un motivo de bordado, para el cual me han servido de modelo los pececillos de Victoria.

Aquí los tenéis, rodeados de las burbujas de agua que les salen de su redonda boca. Es fácil de copiar este bordado para que os dé explicación alguna; lo que sí os recomiendo es que lo hagáis con algodón de bordar encarnado..., a menos que prefiráis hacerlo en azul, verde o amarillo, que los peces no han de protestar, ni yo tampoco.

Aprovecho la ocasión para presentaros también algunos figurines de trajecitos veraniegos, en los cuales el motivo de peces resultará oportunísimo. Uno de ellos es de crespón plisado, pegado a un canesú en pico; en este canesú los peces irán bordados a punto de realce. El segundo es un delantal de vuela de algodón, en el cual las hombreras de cinta van pegadas a dos rombos, en los cuales pueden bordarse los peces a punto de cadeneta o de cordón. En el tercero, que es de «toile» de hilo rosa y «toile» azul marino, los peces aplicados en la franja azul que forma el borde inferior de la falda sirven de bolsillos.

